

## XVII

### LA MUDA HABLA DE NUEVO

Largo tiempo permaneció el marqués mudo é inmóvil en la postura misma en que lo dejara al partir el agente enviado por la italiana. Todas las esperanzas que acariciara durante diez años de cautiverio habíanse desvanecido en un momento. Proponíasele, sí, la libertad, pero ¡ á qué precio !

Pensando en este último hubo de comprender que la amargura desbordaba al fin de su alma, que ya no le era posible seguir bebiendo el amargo cáliz. En ausencia suya amenazábase á María, pretendíase coaccionar á Solange... No : él no estaba dispuesto á consentirlo. Rompería sus cadenas. ¿Cómo? El mismo lo ignoraba. Pero quería huir, franquear aquellos muros entre los que habíanlo aprisionado por mejor tiranizar á los suyos. Mostrándose á plena luz, ó bien oculto en la sombra según aconsejaran las circunstancias, confortaría á las dos desoladas mujeres con el apoyo de su presencia...

En ello pensaba el preso cuando el contacto de dos labios que se apoyaban en su mano le obligó á levantar la cabeza.

Delante de él, de rodillas, hallábase Glorieta con sus dulces ojos preñados de lágrimas.

— ¿ Estabas ahí, pobre niña ? — preguntó el marqués conmovido. — No te oí entrar.

Por toda contestación Glorieta levantó el tapiz que cubría la mesa cayendo hasta el suelo.

— ¡ Cómo ! ¿ Te has escondido ahí, para no dejarme solo con ese hombre?... Entonces lo has oído todo, y comprenderás que no puedo ser más desgraciado.

La niña puso sus dos manos unidas sobre su corazón, y se inclinó á la manera de las esclavas. Su mímica podía traducirse de este modo : « Si en algo puedo seros útil, disponed de mí, señor. Os amo como si fuerais mi padre, y con gusto os daría mi vida si pudiera seros de alguna utilidad para la realización de vuestros proyectos.

Todo eso significaba la actitud de la mudita. Por lo menos así lo comprendió el marqués que hubo de murmurar :

— Esta criatura me sorprende ; á veces me resisto á creer que sea de tan baja extracción como parece... Por Dios vivo, una hija de mi sangre no mostraría tanta sencillez acompañada de nobleza tanta...

Pero de repente, acordándose de nuevo de las amarguras de que se hallaba amenazado, hubo de exclamar con esperanza :

— Ella misma se ofrece... Dios es quien me la en-

vía. ¿ Por qué no tentar de nuevo la mágica experiencia que da vista telepática á los dormidos y devuelve el uso de la palabra á los que de ella están privados ?

Dicho y hecho. Tomando ambos puños de la joven la obligó á levantarse ; luego, clavando su mirada ardiente en los ojos de la gitanilla, hizo con brusquedad algunos pases sobre su frente, cargándola de flúido.

Glorieta, al principio, trató de resistir ; pero no tuvo tiempo, porque el efecto fué inmediato. Curváronse sus hombros, cayeron inertes los brazos, tranquilizóse el agitado seno y se regularizó la respiración.

— ¿ Duermes ? — preguntó el marqués.

— Duermo.

Sin detenerse á admirar el fenómeno que se producía, como lo hiciera dos años antes ; cuando su primera tentativa, Jacobo de Villanueva sacó del saquito de piel colgado de su cuello el mechón de cabellos y el sonajero, en el que dejó solo la cinta color de rosa.

— ¿ Ves algo ? — preguntó obligando á la somnámula á tocar aquellos objetos.

Y como si su sueño magnético no hubiera tenido una solución de continuidad de veinticuatro años, la durmiente contestó en el acto :

— Veo al anciano del corredor, á la dama enlutada y á la joven del bosquecillo...

El prisionero suspiró.

— Ese bergante, — se dijo, — me ha engañado ; ¿ cómo habia de ser de otro modo puesto que la mentira es el arma favorita de la de Médicis?... Mis dos amores se encuentran aún en Bonaguil.

Luego preguntó en voz alta :

— ¿ Ves ahora, como hace dos años, el castillejo y el parque ? Vamos á ver : ¿ dónde están las dos mujeres de quienes acabas de hablar ?

— Están á caballo.

— ¡ A caballo ! ¿ Pero dónde ?

— En un camino, cerca de un bosque... Ahora pasan frente á una posada... Encima de la puerta hay un letrero...

— ¿ Puedes leerlo ?

— Sí : dice « Descanso de Chevreuse. »

El marqués hubo de pensar que de Chevreuse á París la distancia era de unas seis leguas, y murmuró :

— No, no ha mentado ese miserable.

— Paseó un momento por la habitación nervioso, agitadísimo, y deteniéndose de pronto frente á la durmiente cuyo sueño hipnótico comenzaba á hacerse penoso,

— Dime si van escoltadas esas amazonas, — continuó, — si llevan guardias detrás.

La niña dijo haciendo visibles esfuerzos :

— No : solo las acompaña el viejo y una hermosa dama.

— ¿ Rubia ?

— Sí, rubia.

— Blanca sin duda, pensó el marqués ; — la desgraciada amiga de María. Veamos si es ella.

Buscó en el fondo del saquito un imperdible y poniéndolo en la mano de Glorieta preguntó :

— ¿ Es la dama que lleva este alfiler ?

La joven se estremeció como horrorizada.

— ¡Qué horror! — dijo. — ¡Qué hormigueo de andrajosos, de mendigos y de enfermos fingidos!... Hay muchos, muchos... Una mujer mal vestida pasa entre ellos y todos se prosternan, besando la orla de su manto hecho jirones... Es muy hermosa, aunque parece loca... Sigue andando sin detenerse, y canta... ¿Qué es lo que canta? Ah, sí, ya la oigo; es una canción muy triste :

Buscando voy á mi hijo  
que se me llevó la guerra...

— ¡Es Blanca! — gimió el marqués. — La pobre madre que un inmenso infortunio privó de la razón. ¿Dónde estás, desgraciada? Tal vez con tu marido, si Jacobo está aún en el mundo... ¡Ah, yo quiero saber!...

Tomó en el saquito el sello del que oportunamente hablamos y lo puso en la mano de la muchacha retirando de ella el imperdible.

— Ahora veo un laboratorio inmenso — dijo Glorieta. — Un hombre muy alto, vestido de negro, oculto el rostro con una careta de cristal hace hervir un líquido amarillento del que se desprenden vapores azulados, rojizos, violáceos... Cerca del hombre se encuentra una mujer altanera, de mirada dura y penetrante, que parece contar sesenta años... Ahora se inclina hacia el hombre y le pregunta : « ¿ Vencerá mi hijo al lorenés? »... El hombre mueve la cabeza, y contesta :

« La conjunción de los astros es favorable á los Valois, pero los vapores de la obra favorecen al de Guisa: ¿no lo vé vuestra majestad? »

El marqués se apresuró á arrebatarse el sello de la mano de Glorieta.

— ¡Calla, calla, desgraciada! — dijo. — Acabas de ver á Catalina la maldita... y ese hombre, ese hombre no puede ser mi amigo Jacobo; ese nigromante es sin duda Come Ruggieri (1), el condenado florentino...

Pasó la mano por su frente sudorosa y continuó pensando en voz alta :

— La ciencia tiene sus quiebras : esta muchacha se equivoca, ó de no ser así hay que admitir que el alma de Jacobo habita ahora el cuerpo de ese infame brujo. Tratemos de ver algo más claro...

Dió nuevos pases á la durmiente y tomándole una mano le preguntó :

— Mirame bien y dime : ¿ lograré yo salir de aquí?

— Sí, — dijo Glorieta.

— ¿ Por dónde?

— Por la almena, aserrando el barrote de la izquierda, el menos resistente...

— Aserrar un barrote, bueno, pero ¿ con qué?

— Con eso.

El dedo de la sonámbula señalaba el montón de

(1) El astrónomo Come Ruggieri complicado en el proceso que se instruyó á Mole y á Coconas, favoritos del duque de Alençon, fué enviado á galeras en 1574; pero el marqués de Villanueva no podía conocer esta particularidad y debía ver el florentino amigo de Catalina de Médicis en el nigromante descubierto por la joven hipnotizada.

retortas rotas por Gaspar Mouvette en el momento de su caída.

¿ Fué casualidad ó premeditación ? No lo sabemos, pero ello es que el marqués encontró entre aquellos cristales rotos un puñal, cuya hoja, de excelente temple hallábase limada constituyendo una finísima sierra.

Apoderóse el marqués del arma, y con ella en la mano volvió hacia la joven dispuesta á preguntarle cómo había de servirse de aquel auxiliar inesperado ; pero hubo de darle la mano izquierda en la que aún conservaba el saquito de piel, é hizo la casualidad que, sin que el preso lo advirtiera, el lazo de zapato de niño que formaba parte del contenido del saco y que estaba á punto de caerse, quedó en contacto con la mano de la vidente.

Los ojos de la niña se dilataron.

— ¡ Oh, oh ! — dijo. — Ahora estamos otra vez en el camino de antes, pero lejos de las damas... Veo dos jinetes, que cabalgan juntos, uno en un caballo de larga cola y el otro en un mulo... El primero, el amo sin duda ¡ cuán hermoso es ! ¡ Y qué noble su porte ! Se parece á alguien que he visto hace poco... no sé si al brujo ó á la loca...

El marqués no sabía qué pensar, no acertaba á reconocer los personajes que él buscaba en la serie de cuadros, sin relación alguna entre ellos, que iba describiendo la joven hipnotizada. El la quería en comunicación directa con él mismo, y ella hablaba de gentes á quienes no conocía.

— Nada me importan esos caballeros, dijo. — Vas pues á decirme...

No pudo acabar. Los delicados dedos de la bohemia se aferraron á su puño con tal fuerza que llegaron á lastimarle. Luego lo rechazó, inclinándose como con deseos de escuchar.

— ¡ Silencio ! — dijo. — Los dos jinetes hablan... El amo tiene calor ; entreabre el cuello de su jubón y pregunta : « ¿ Llegaremos pronto ? » El otro contesta : « Demasiado pronto para vos, señor caballero, porque una vez llegados no os será fácil seguir viendo los más hermosos ojos de Bonaguil. »

El marqués se estremeció de nuevo.

— ¡ Bonaguil ! ¿ Has dicho Bonaguil ? ¿ Y no ves á las dos damas ?

— ¡ Silencio ! ¿ Cómo queréis que oiga ? — gritó la sonambula cada momento más agitada por la impaciencia. — Sí, veo á las señoras ; pero van lejos, á unos cuatrocientos metros de distancia... Los dos jinetes no son, sin duda, de su servidumbre ; pero las escoltan... Ahora veo... si, no me equivoco, un medallón que lleva el caballero... ¡ Qué marca más original ! ¿ Dónde he visto yo algo parecido?... No recuerdo... En el sello que hay en el saquito de piel... ó en la sortija del hechicero...

Estas palabras despertaron extraordinariamente la atención del marqués. ¿ Qué significaba aquello ?

— Expíciate, — dijo entre dientes. — ¿ Qué representa la figura de ese medallón ?

— Representa el mar, agitado por los movimientos

de un monstruo horrible; este va á arrojarse contra una mujer desnuda atada á una roca... Pero alguien llega en su socorro... Un caballo alado cae del cielo llevando sobre sus lomos gentil caballero...

A medida que la joven hablaba el pecho del marqués parecía oprimirse cada vez más como si sucumbiera á algún peso aplastante.

— ¿No ves nada más en ese medallón? preguntó.

— Sí; algunas letras separadas en dos sílabas... CUR  
NON.

— ¡POR QUÉ NO! — exclamó el señor de Villanueva.

— ¡Es su divisa! Se trata al fin de Jacobo... ¡Al fin!

Dirigiéndose lleno de animación á la sonámbula le preguntó ansioso.

— ¿Qué edad tiene el propietario de ese medallón? Míralo bien y dime su edad...

— ¡Oh! es muy joven... Veinte años á lo sumo.

La animación del marqués cedió de pronto.

— ¡No es Jacobo! — dijo con abatimiento.

Glorieta juntó de pronto sus manos, visiblemente contrariada.

— ¡Pero qué dice, Dios mío, su compañero! — exclamó. — « Señor caballero, si os dais á pensar siempre en la misma perderéis vuestra reputación de mariposa; ya no mereceréis el apodo de Sed de Amor ». ¡Oh! ¡qué daño me hacen las palabras de ese hombre! ¿En quién puede pensar el caballero? Quiero interrogar su corazón... ¡Ay de mí triste! su corazón está ocupado por completo por la imagen de una mujer...

Gruesas lágrimas inundaron entonces los ojos de

Glorieta, quien víctima de violenta desesperación retorció sus brazos con frenesí, acabando por lanzar un horrible grito de angustia mal contenida.

— Esa mujer, — dijo luego — es la joven del bosquecillo... la gentil amazona... ¡Y él la ama, Dios mío, la ama!... ¡Ah, cuánto sufro!

Mucho debía sufrir en efecto, porque sus manos se apoyaron en el lado izquierdo del pecho con ademán adolorido.

La rápida explosión de crisis tan incomprensible alocó al marqués. Temeroso de que tuviera un fatal desenlace en el caso de que la joven no escapase enseguida á la pena inmensa que parecía devorarla, apresuróse el preso á despertarla del sueño hipnótico que él mismo le impusiera. Después de todo, ¿á qué prolongar la tortura de la infeliz? ¿No sabía él ya bastante?

Una vez vuelta á la vida real, el primer movimiento de Glorieta fué, como el de los niños á quienes se despierta de pronto, de sorpresa, que se acentuó al encontrar sus ojos húmedos. ¿Qué había pasado? ¡Ah, sí, ya se acordaba! Un hombre malo había estado allí dando un disgusto y amenazando al preso á quien ella quería y respetaba tanto. Esa debía ser sin duda la causa de sus lágrimas.

Acordábase, como se vé, de la conferencia que ella escuchara oculta bajo la mesa. Pero eso era todo. De su catalepsia, de su sueño lúcido, no conservaba recuerdo alguno.

Las doce campanadas del medio día sonaban en el reloj de la capilla del castillo cuando se presentó Pedro

Mirot portador de una cesta para su prisionero cargada de víveres que debían servir para dos comidas: la de aquella hora y la de la noche.

— Decidme, amigo mio; ¿ He convidado yo acaso á alguien sin saberlo? — preguntó el marqués al ver que su carcelero colocaba los manjares sobre la mesa.

— No, monseñor; pero como puede muy bien suceder que esta noche no esté yo aquí, pues tengo permiso para ausentarme con mi hija, además de la comida os traigo también la cena por si acaso...

— De modo que os lleváis á Glorieta...

— Sí, pero por poco tiempo; los permisos de un carcelero no son largos ni frecuentes. Mañana por la mañana la tendréis aquí de nuevo.

— ¿ Y mi paseo por la plataforma? — preguntó el marqués.

— Quédese para otro día. Como distracción ya ha tenido hoy el señor marqués la visita del señor oficial de los dos tribunales, el real y el del Prevostazgo... ¡ Qué excelente hombre ese señor oficial! Figuraos que yo temí una cesantía, ó tal vez algo peor, por haberme tomado la libertad de permitir que os instalarais en esta sala... Pues no, señor, nada de eso, antes al contrario; en el momento en que iba á confundirme en excusas y á decir la verdad, esto es, que vos habéis comprado mi conciencia dándome para beber, el hombre dióse á felicitarme calurosamente por lo que él llama mi feliz iniciativa. ¿ Verdad que parecé imposible? Pues es así. Ya veis si el señor oficial es humano y generoso... Y ahora, señor marqués, permitid que

mi hija y yo nos retiremos. Nos esperan en Vaugirard, y hasta allá nos acompañará un arquero del Prevostazgo, por si acaso... No es prudente aventurarse en estos tiempos por ciertos sitios sin ir bien acompañado.

— ¿ Pero teméis algún ataque á mano armada, seor parlanchín? — preguntó el marqués sin dejar entrever la satisfacción que le causaba la ausencia próxima de su carcelero.

— Como temer, yo no temo nada, — dijo Mirot, — pero por si acaso.

— ¿ Y tampoco teméis por la pequeña? Me parece poco piadoso hacerle correr peligros que vos mismo juzgáis posibles.

— Tal vez, pero en fin, si ella no vá, ¿ quién será la madrina?

— ¡ Ah! se trata del bautizo de una criatura...

— O del de una barrica de vino, — dijo Mirot riendo estúpidamente. — Conque en marcha, boca cosida, y procurad, señor marqués, aburriros lo menos posible. Hasta mañana.

— Esperad — dijo el marqués de Villanueva reparando en lo ligero del traje de Glorieta. — Supongo que no obligaréis á esta niña á que recorra los caminos desnuda de pies y brazos...

— Vaya que sí, señor marqués, — dijo el carcelero; — Su madre era egipcia y ésta tiene su misma sangre... Las hijas de bohemia gustan de sentir en sus carnes los besos del sol y las piedras del camino...

Una vez solo, Jacobo de Villanueva-Marsan comió sin apetito, como quien cumple con una obligación, reme-

morando mientras comía las visiones evocadas poco antes por la sonámbula, tratando de coordinarlas para descubrir la relación que pudiera existir entre unas y otras.

Y no pudiendo conseguirlo, se levantó prometiéndose dedicarse más tarde á ese trabajo.

— Ahora, — se decía — se trata de preparar mi evasión.

Pronunciando los nombres de María y de Solange, como para infundirse ánimos, adaptó á los cuatro pies de la mesa otras tantas ruedas preparadas de antemano, y llevó así el macizo mueble hasta colocarlo bajo la almena. Hecho lo cual puso sobre la mesa un pesado escabel, encaramándose enseguida sobre el improvisado andamiaje.

Había calculado con exactitud. Su cabeza depasaba la parte baja de la almena y su vista abarcaba desde tan elevado observatorio gran parte de los terrenos vecinos y, como es consiguiente, los dos últimos recintos amurallados de la fortaleza; y si no veía el primero, es decir, el más inmediato, el que defendía el patio llamado de los proveedores, debía al espesor de la muralla y al reborde de la almena que se lo ocultaban.

La calma más absoluta reinaba en aquel momento en torno al temido castillo de Vincennes; el silencio dominaba en los patios interiores, como si estuviesen abandonados, y hubiérase podido creer en la ausencia de la vida en la fortaleza y sus alrededores á no ser por cierto ruido monótono la naturaleza del cual pudo definir enseguida el preso. Un leñador trabajaba sin duda

allí cerca, á mano izquierda, en un patio tal vez, por cuanto el bosque parecía desierto.

El gobernador de Vincennes, ausente siempre, convencido de la imposibilidad que existía para un preso de franquear sin ser visto los tres recintos amurallados de la fortaleza, hubo de suprimir casi todos los centinelas, cuya facción resultaba en realidad inútil.

¿Conocía el marqués esta circunstancia? Sin duda ninguna. De ahí que tranquilo á ese respecto y seguro de que su carcelero no podía sorprenderle, se decidiese á poner en práctica lo que en su sueño hipnótico le aconsejara su rubia amiguita y auxiliar inconsciente.

Por exceso de precaución muy comprensible, atacó el preso el barrote señalado por Glorieta con cierto método, acomodando el va y ven de su lima improvisada con los golpes que daba el invisible leñador. Y hay que suponer que la satisfacción que al marqués le producía tener por inocente cómplice á aquel hombre hubiérase convertido en desconfianza, si le hubiera sido dado observar que todo su trabajo consistía en golpear un tronco con el mango de su hacha, sin apartar la vista de la almena en la que, confiado, trabajaba el prisionero.

El solitario leñador no tenía en efecto nada de tal. Era un agente colocado allí por Gaspar Mouvette. Había llegado como á cosa del medio día y puéstose á trabajar, ó á hacer como que trabajaba, aunque con la vista fija en la tronera alamburada del quinto piso de la torre, que era la que se le ordenó vigilase particularmente.

La primera aparición de las manos del marqués hízole sonreír y suspirar.

— ¡ Ya está ahí! — murmuró. — La añagaza del patrón vá á salir bien por lo visto, como han salido tantas otras... Claro es que yo podría prevenir á ese sediento de libertad, — algún señorón sin duda, — que todos sus esfuerzos serán inútiles... Sí, pero me expongo á perder el pan de mis hijos. Nada, cumpliré con mi deber que es el de observar lo que pase y decirselo luego al señor teniente...

Entretanto, Jacobo de Villanueva-Marsan seguía trabajando. Hubiérasele dicho insensible al cansancio... En su fuero interno daba las gracias al invisible y honrado leñador que, sin sorprecharlo facilitaba su tarea.

Desaparecía ya el sol tras la colina de la gran Pinta cuando aserrado, limado mejor dicho el barrote por completo, quedó entre las manos del marqués.

Ya era tiempo. El preso, á quien el aliento comenzaba á faltar, pasó la sudorosa cabeza por la abertura de la almena. Quería conocer al misterioso leñador, ver su trabajo... Y no vió nada : el cortador de árboles habíase alejado sin duda. Ni siquiera le fué dado comprender en qué sitio había trabajado el laborioso obrero por cuanto ni uno siquiera de los troncos de los árboles que desde allí se divisaban presentaba señales de haber sido mordido por el hierro.

Sin detenerse á pensar que aquello no era muy normal que digamos, complacióse el preso admirando con particular interés una parte del soberbio panorama que

le había sido dado admirar por entero, durante diez años, en sus diarios paseos por la plataforma.

Hacia la izquierda, y en arco de círculo presentábase á su vista los robles plantados por Oliverio Le Dain, el repoblador del bosque secular. Más cerca, aunque del otro lado de los cotos de caza reservados distinguíanse los huecos ocasionados por las talas que ordenara Enrique II con objeto de emplear la madera en el andamiaje de la Santa Capilla. Frente al preso abríase el camino real, entre bosques y terrenos cultivados que se prolongaban hasta Montreuil, y á su derecha érale fácil ver las abadías de los Mínimos y de los monjes de San Mauro, y la argentada corriente del Marne lamiendo las faldas de los altos de Fontenay que por aquella parte limitaban el horizonte.

Caía la noche. El marques recogió su mirada fijándola en las formidables defensas que rodeaban la torre, y un calofrío de terror y de desesperanza, recorrió todo su cuerpo. La fiebre que hasta entonces lo sostuviera comenzaba á abandonarle, invadiéndole en cambio el cansancio : un cansancio mortal, invencible. Hasta su espíritu hallábase cansado. ¿ Cómo operar el terrible descenso desde lo alto de su quinto piso? ¿ Cómo, suponiendo posible este descenso, salvar el triple recinto amurallado?

Para llevar á bien la proyectada fuga éranle indispensables muchas cosas, á más de la voluntad que comenzaba á flaquearle. Necesitaba siquiera una cuerda, escalas, garfios... ¿ Cómo procurarse todo eso? Tal vez Glorieta...



Desanimado al verse detenido en su proyecto de evasión por estas no previstas dificultades, colocó de nuevo el marqués el barrote en su sitio, y disimulando como pudo y supo las huellas de la limadura descendió de su pedestal, llevó la mesa hasta su sitio de costumbre, y fué luego á acostarse murmurando:

— No me sería posible comer ahora; estoy demasiado nervioso... Trataré de dormir, de reparar mis fuerzas y mañana saldré de aquí, no sé cómo, pero saldré.

Cerró los ojos. El sueño acudió á su llamamiento, aunque acompañado de un cortejo de pesadillas en las que el marqués veíase librando fantásticos combates para proteger á su esposa y á Solange.

A aquella misma hora, en aquel mismo momento, el barón Cortomontel capturaba sin lucha, en el extremo opuesto de Paris, á Pedro Mirot y á Glorieta que regresaban de Vaugirard, y veíase poco después obligado á libertarlos, á convertirse, y á seguir voluntariamente á Sed de Amor, después del impetuoso contraataque de este último.

## XVIII

EN EL QUE SED DE AMOR Y DIÓGENES PONEN CERCO  
Á VINCENNES

Después del duelo del Prado de los Clérigos, duelo que terminó del modo extraño que el lector conoce, eclipsáronse los miñones de los dos Enriques, abandonando sobre la hierba el cuerpo de Juan du Gaz, temerosos de caer entre las manos de las gentes de justicia. Temor que no tenía razón de ser, pues, como ya sabemos, el ruido que les asustara no lo producían los agentes de la ronda urbana, sino el ilustre Cortomontel, el no menos ilustre Matraca, y las bestias que á ambos acompañaban.

Pero si nosotros la conocemos, los miñones ignoraban esta circunstancia. Los favoritos del rey, arrastrando al pobre Maugiron que se quejaba como un condenado, fueron los primeros en desaparecer doblando la esquina de la calle Tarane, mientras que obediendo á una seña de Carlos de Entragues sus adver-